

## LORENZA

[HOY, 28 de febrero de 1956]

Desasid vuestra atención de las grandes figuras; de las grandes figuras de la política, de la ciencia, del deporte, y detenedla, de vez en cuando, en otras que, sin ser descollantes, son atrayentes, sugestivas, profundamente humanas; suelen tener recovecos, altibajos de fortuna, singularidad de situaciones que las hacen dignas de nuestra atención. Esto acaece con Lorenza. ¿No conocéis a Lorenza? Lorenza es una de esas antiguas criadas “fieles hasta la muerte”, a que se refería Arturo Gazul en su trabajo literario reciente; Lorenza es una ancianita humilde, menudita, agarbanzada, que viste siempre de negro y mora en nuestra casa como miembro de la sociedad heril; su papel es sustancioso, esencial para el buen orden del hogar: Lorenza atiende la cocina. Y su persona acaso sea quién diga adiós al tipo de servidores a que ella pertenece; los tiempos cambian y ya la dedicación de los criados va teniendo una interesada medida. Por eso su presencia fiel en la casa de los amos es como una alegoría que nosotros queremos propalar a los cuatro vientos. Es vieja, muy vieja Lorenza; no sabemos los años que tiene; no lo sabe ella tampoco. Actualmente mece en sus brazos tiernos infantes que son biznietos de sus primeros amos; de sus primeros amos en esta casa. Porque antes ha servido en otras varias, y este antes va ya para cuarenta, para cincuenta años. Siendo una muchachuela entró a servir en una posada del pueblo. Las posadas eran entonces donde hacían morada los transeúntes, de calidad o no. La mejor tradición literaria española nos habla mucho de ellas, de las posadas, de los mesones, de las ventas, que son posadas para refugio de viandantes en el desamparo de los campos. Cervantes, viajero sin descanso, cita varias veces estos habitáculos mercenarios; una de sus más bellas novelas ejemplares tiene como lugar de acción la posada del Sevillano, en la ciudad de Toledo. A Lázaro de Tormes, peregrino de servidumbres y caminos, le son familiares las anchas cocinas de los mesones castellanos; Quevedo y Moratín también nos sitúan en ellas. Son algo esencial en la vida española, tan asendereada en los tiempos de su auge histórico. Como esencial son, a su vez, en los mesones, las criadas, pies y manos de esta industria. En todas estas ventas y posadas que perduran en la vida del arte, aparecen, con leves pinceladas –menos en “La ilustre fregona”, que fulge Constanza- estas mozas. En la posada pueblerina Lorenza afana todo el día y presto es el punto de apoyo de la dueña. Lorenza para acá, Lorenza para allá. El pueblo se halla en la ruta de importantes poblaciones portuguesas y de Badajoz a Sevilla hay gran tráfico de viajeros. Aquí hacen noche expedicionarios distinguidos, comerciantes, chamarileros, arrieros con sus bizarras recuas de machos, cómicos de la legua; de vez en vez llegan lenceros de Zamora, pañeros franceses, y todos moran en el mesón de “La Carmela” en que ella sirve.

Son las postrimerías del siglo XIX. En su transcurso la estructura social ha sufrido una enorme conmoción: los señoríos feudales desaparecen, las grandes posesiones se revisan, los onerosos tributos, cuando son prestaciones que emanan de un poder jurisdiccional, se discuten, se pleitean. El pueblo –el pueblo de Lorenza- mantiene uno de estos pleitos. Surgido como núcleo de población, en el promedio del siglo XV, en el feudo de los Suárez de Figueroa, señores del estado de Feria, pertenece, dentro de éste, al marquesado de Villalba. Sobre sus tierras, sobre sus ganados, gravita el

tributo del noveno de sus productos; pero en los años finiseculares, los de estos últimos, como más movedizos, se han liberado ya de la carga; sólo persiste el gravamen en los primeros. Al concluir la recolección de cada semana, las amplias trojes de un vetusto granero, sobre cuya portalada campea el pétreo escudo con las cinco hojas de higuera de los Figueroa, se hinchan los cereales que, a regañadientes, entregan los labradores. Toda esta copia de granos, la explotación de las extendidas dehesas, que posee por aquí el duque de Medinaceli y el hacer frente a las dificultades que plantean los litigios con los vecinos novenarios, dirigidos por hábiles letrados, requieren una diestra administración, que la Casa Ducal tiene confiada a don Felipe Solís y Campuzano, militar de alta graduación, retirado; hombre hábil y acostumbrado a bogar en el mar proceloso de la vida. A este señor pasó a servir Lorenza. De tarde en tarde, para visitar sus posesiones, viene el duque, el duque de Feria, de Medinaceli, y siempre, al marchar, sin duda agradecido a la amable diligencia con que la moza provee las cosas de su cometido, entrega a Lorenza óptima propina. Y una vez ha estado a punto de torcerse al destino de Lorenza; algo inesperado, inaudito, algo que pone zozobra en el ánimo de la sirvienta –como acaecería al noventa y nueve por ciento de aquellos tiempos- le proponen un buen día, como reconocimiento a sus méritos: emplearla en Palacio, en Palacio Real. Sus amos tienen gran predicamento en la Corte y pueden hacerla figurar entre la servidumbre de la primera casa española. ¡Ay, no señor!- diría en seguida, asustada ante la idea de abandonar el ambiente familiar, de separarse de sus padres, de los lugares queridos, de la paz silente del pueblo, de las costumbres sencillas, patriarcales, de sus gentes. No conoce la obra “Menosprecio de Corte y alabanza de aldea”, pero daría toda la razón a don Antonio de Guevara si la leyese. Quédense todos los cuidados y ambiciones cortesanos para los que aspiren a medrar en el negocio material de la vida; a los espíritus sencillos, elementales, no le hablen de otro ideal de una vida humilde, conocida, monorrítmica, de trabajo y paz. Por eso, Lorenza quedó aquí. Y pasó, al retirarse sus amos próceres, a prestar sus servicios en una casa de labor, donde es actualmente una institución.

En las casas de labro hay siempre un tráfago; aparte de los menesteres que encocoran cualquiera otra, se le entran por las puertas otros varios. Tienen los amos de Lorenza una buena cantidad de tierras labrantías, unos cuadros de olivos cenicientos, unos majuelos y una casona en el pueblo. No ostenta este edificio externos arrequives, de esos que se ven en otras mansiones repartidas por las calles y plazas de la villa; sí muestra, empero, en su amplitud, en su reciedumbre, en su limpieza, la holgada condición de sus dueños; los abundosos bastimentos de granos, aceites y lanas, atestan, en su tiempo, los graneros, bodegas y laneros de que está provista. Hemos nombrado ahora también, claro está, el blanco vellón de las ovejas, pues no se concibe una fuerte explotación agrícola que no cuente entre sus semovientes con hatos que la complementen. Y cada cosa, ya se sabe, trae consigo su trajín. Hay que disponer las trojes en verano, la bodega para el mosto en otoño, el humero en invierno; hay que aderezar las migas para los mozos en la sementera, el cocido durante la era, el escanciar la copa de vino a los jornaleros que tornan de la escarda. Y de todo eso es superintendente Lorenza; ella sabe, además, como nadie, en qué finca están los almendros de fruto mollar, las higueras más castizas, las mejores olivas para machar, para rajar, para adobar; ella dirá, a su debido tiempo, a los mozos: traed aceitunas del Santo Cristo, de la Colegiata, de Martín Gil, nombres de

predios que tienen un intenso sabor poético y en los que hay siempre enredados un leve girón del pretérito. Dehesa de Martín Gil... Martín Gil: Teniente del rey, en Badajoz, en el año 1273 – nos dice el historiador Rodríguez Amaya- personaje que debió de ser de ilustre linaje y rico, y cuyo nombre subsiste vinculado a un extenso heredamiento...

En todas las historias caballerescas vemos siempre, junto al bizarro brazo del caballero, la inseparable compañía del escudero: en el teatro, en las novelas, en los cuentos, figuran, a veces, con fuertes rasgos, los domésticos, como elementos imprescindibles en la vida familiar. La condesa de Pardo Bazán, en un delicioso cuento, expone la tesis de que un buen criado, conocedor de nuestros gustos, de nuestras ideas, es una felicísima circunstancia que nos hace amable la vida. Y Lorenza, no lo dudéis, es de esos criados. ¡Admirable mujer! Ha superado hace tiempo la edad lógica de la jubilación, pero no acepta el disfrute de ella; una actividad incesante la lleva de un lado para otro, en la cocina, como en sus verdes años; puede hacer lo que quiera, y como quiera, y, sin embargo, ni un momento está quieta. Es, en la casa, por su fidelidad, por su abnegación, una figura entrañable; una corriente de comprensión, de simpatía, de mutuo afecto, la une con los amos. Que así, en ética cristiana, es como deben hacerse unos y otros.